

Teoría política de lo inexorable: La globalización y el sistema-mundial neomoderno frente a las armas de destrucción masiva y la seguridad humana¹

Por Carlos Escudé

"... however it may deserve respect for its usefulness and antiquity, [predicting the end of the world] has not been found agreeable to experience." -- Edward Gibbon, *Decline and Fall of the Roman Empire*

Introducción - El neomarxismo frente al advenimiento del sistema-mundial neomoderno

"El fin de la OTAN está cerca". Así comenzaba un ensayo de Immanuel Wallerstein de 1982. Este fue quizás el más pintoresco indicador del sesgo economicista de la mayor parte del pensamiento e investigación académica en torno del concepto del "sistema-mundial". Impresionado su autor por el crecimiento del Japón, la profecía incluía una era denominada "post-americana" (tal el título de la primera parte de la antología de Wallerstein, *Geopolitics and Geoculture: Essays on the Changing World-System*)². El fin de la Guerra Fría aún no estaba a la vista y sin embargo el vocablo "seguridad" no figuraba en el índice alfabético de esa compilación, ni tampoco en el de su extensa obra anterior sobre *El Sistema Mundial Moderno*³. Si uno busca "security" en el índice del volumen II de la edición de lengua inglesa de este estudio ya clásico, sólo tropieza con el vocablo "securities", un concepto bursátil.

¹ Defino la "neomodernidad" como la etapa de la historia humana que comienza en Hiroshima. No hablo de "postmodernidad" porque asocio ese vocablo a una ideología antagónica con la modernidad. El presente ensayo se deriva de mi inédita *Ashley Lecture 2003-2004*, que impartí en Trent University (Peterborough, Ontario, Canadá) el 23 de marzo de 2004. Las traducciones al castellano de textos citados en este ensayo fueron realizadas por mí. Agradezco a Trent University por el *2003-2004 Ashley Fellowship* con que me distinguiera, y al Departamento de Historia de dicha universidad por su hospitalidad. También agradezco a Ryszard Stemplowski, director del *Polish Institute for International Affairs*, por su invitación a trabajar con la teoría del sistema-mundial a raíz de la tragedia del 11 de septiembre de 2001. Mi reconocimiento es extensivo a Tiziana Stella y Ira Straus, del *Euro-Atlantic Institute of International Integration Studies*, por la invitación a discutir estos temas en la Conferencia sobre *Euro-Atlantic Integration and Russia after September 11*, en la Universidad del Estado de Moscú, el 30-31 de mayo de 2002.

² Immanuel Wallerstein, "North-Atlantism in Decline", publicado por primera vez en *SAIS Review* nº 4, 1982, y luego en I. Wallerstein, *Geopolitics and Geoculture: Essays on the changing world-system*, Cambridge (UK): Cambridge University Press, 1991.

³ I. Wallerstein, *The Modern World-System*, volúmenes I a III, Nueva York: Academic Press, 1976, 1980 y 1988.

No obstante, las importantes intuiciones que subyacen a la reflexión sobre el sistema-mundial no parecen cuestionables. Por el contrario, y tal como sostiene Wallerstein, desde un punto de vista epistemológico se trata del único “sistema social” verdadero, en tanto incorpora el “tiempo mundial” al análisis comparativo.⁴ El sesgo economicista de su análisis, sin embargo, lo condujo a la subestimación del papel de la seguridad en el sistema mundial. No cabe duda alguna de que un pensador de su erudición estaba perfectamente consciente del papel de la fuerza armada en la preservación de los sucesivos órdenes que rigieron los destinos humanos. Sin embargo, excluyó este factor al momento de elaborar conceptos y acuñar teoría. Su definición es taxativa: “El sistema-mundial es la economía-mundial capitalista. Esta es la descripción de su estructura formal y su modo de producción (...)”.⁵

Este es un defecto teórico crucial, en tanto debería estar claro que los sistemas-mundiales poseen tanto una dimensión económica como militar (o “de seguridad”), y que a veces se produce un desfase entre estas dos dimensiones, de manera que el “centro” económico del sistema no siempre se superpone con su centro en materia de seguridad. Por cierto, el sistema-mundial moderno estaba compuesto no por uno sino por dos subsistemas: una economía-mundial capitalista y una estructura de seguridad

⁴ El reloj o tiempo mundial es un útil concepto que Immanuel Wallerstein atribuye a Wolfram Eberhard. Subraya la importancia del contexto global en el momento en que se produce un acontecimiento. Por ejemplo, no es lo mismo comenzar una industrialización en el siglo XVII (cuando no había potencias industriales) que en el XXI. Alejándonos de los ejemplos económicos que prefiere Wallerstein, está claro que para un Estado débil la violación masiva de los derechos humanos de su propio pueblo no tenía las mismas consecuencias a principios del siglo XX (cuando el alcance de las potencias hegemónicas estaba mucho más acotado debido al menor avance de la tecnología, y cuando Estados Unidos aún no había desarrollado su política de exportación de derechos humanos) que en el siglo XXI. Y una guerra total antes del desarrollo de armas de destrucción masiva era mucho menos peligrosa que en la actualidad: en este caso, otra vez la tecnología marca el tiempo del reloj-mundial. Este concepto de tiempo-mundial contribuyó a superar el paradigma de la “modernización” de las décadas del ‘50 y ‘60, que resultó engañoso. Ayuda a comprender porqué el desarrollo económico no puede entenderse, como pretendía Walt W. Rostow, en términos de una sucesión de etapas que se repiten en cualquier proceso de desarrollo (W.W. Rostow, *The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto*, Cambridge: Cambridge University Press, 1960). También esclarece el hecho de que los países no se modernizan políticamente siguiendo etapas comparables, como lo entendía David Apter, a no ser que lo hagan bajo las mismas circunstancias mundiales (D.E. Apter, *The Politics of Modernization*, Chicago: University of Chicago Press, 1965). Porque el reloj-mundial condiciona todos los procesos, ni un país ni una región del mundo es un sistema social en sí mismo. Es por eso que Wallerstein sostiene que el único verdadero sistema social es el sistema-mundial. *Ibidem*, Volumen I, p. 6.

⁵ I. Wallerstein, “Typology of Crises in the World-System”, publicado por primera vez en *Review*, vol. 2, nº 4, Otoño 1988 (Fernand Braudel Center), y luego en *Geopolitics and Geoculture...*, p. 107.

fragmentada en dos alianzas antagónicas. Desde 1945 esta estructura estuvo caracterizada no sólo por su fragmentación sino también por el creciente desarrollo y proliferación de armas de destrucción masiva: parafraseando a Wallerstein, esta es una descripción de la estructura, el modo de producción y *el modo potencial de destrucción* del sistema-mundial.

Más aún, desde el lanzamiento del primer Sputnik en 1957, la Unión Soviética se convirtió en un gigante militar capaz de destruir el mundo (es decir, claramente parte del “centro” de aquella estructura de seguridad mundial fragmentada). No obstante, no fue en modo alguno parte del centro de la economía-mundial. Cuando la URSS sufrió su colapso, la Federación Rusa ingresó a la economía-mundial capitalista como parte de la periferia, a pesar que desde el punto de vista de la estructura de seguridad (siempre fragmentada) del sistema mundial neomoderno, continuaba siendo parte del centro, debido a sus miles de ojivas nucleares y su capacidad para lanzarlas.

Por otra parte, no puede argüirse que, por tratarse de un denominador común a todos los sistemas-mundiales, uno pueda eliminar la estructura de seguridad de la descripción de los mismos, como quien despeja los componentes de una ecuación algebraica. Esto sería un error porque las estructuras de seguridad poseen un tiempo mundial propio, paralelo pero diferenciado del de la economía-mundial. Más aún, en medida mucho mayor que los modos de producción, los modos de destrucción están inextricablemente vinculados al avance tecnológico. Y éste es una de las pocas constantes antropológicas de la historia humana.

Por cierto, el ser humano casi nunca des-inventa nada. Cuando la Edad de Hierro reemplazó a la Edad de Bronce nunca volvimos a luchar con armas de este metal. Y cuando en 1945 se inventó la bomba atómica, su ominoso fantasma se instaló para quedarse. Lo mismo puede decirse de otras armas de destrucción masiva, químicas o biológicas.

Ciertamente, tanto la bomba de Hiroshima como los ataques mega-terroristas del 11 de septiembre de 2001 son puntos de inflexión en la historia humana. Simbolizan el advenimiento de una nueva era en que la humanidad ha adquirido los

medios para su autodestrucción. La combinación de ambos acontecimientos es por lo menos tan significativa como la revolución neolítica y la creación del mundo moderno. Y una era de estas características estaba destinada a materializarse en algún momento de la evolución humana, por la sencilla razón de que el avance y acumulación de ciencia y tecnología necesariamente habrían de conducirnos hasta este punto.

La inexorabilidad de una globalización en el largo plazo de la historia humana

El mismo razonamiento vale para la “globalización”. Independientemente del proceso histórico que hizo triunfar al capitalismo sobre otros sistemas económicos, y más allá de cuál sería el sistema que en última instancia alcanzara la hegemonía, debido al avance tecnológico el planeta inexorablemente se convertiría en una sola unidad.⁶

Hasta podría afirmarse que las fuerzas que tornan inevitables a estos fenómenos están grabadas en el código genético del *homo sapiens*. Desde esta perspectiva, Wallerstein se equivocó una vez más cuando afirmó que “no existe ninguna línea secular inevitable de la historia humana”.⁷ La economía-mundial capitalista ciertamente no era inevitable, pero tarde o temprano tanto el advenimiento de las armas de destrucción masiva como la globalización estaban destinadas a convertirse en características del sistema-mundial. Para bien o para mal, una vez alcanzada la globalización e inventadas dichas armas, estos ingredientes del sistema-mundial están destinados a permanecer mientras sobreviva nuestra especie. La guerra capaz de eliminarlos aniquilaría a la humanidad y a la mayor parte de la vida en la Tierra.

Por lo tanto, una vez alcanzada la era de armas de destrucción masiva la alternativa no es “post-americana”, como lo predijera y quizá deseara Wallerstein, sino “post-humana”. Y fue en este punto de inflexión que el “sistema-mundial moderno” fue reemplazado por lo que bautizamos como “sistema-mundial neomoderno”. Un

⁶ Una linda conjetura acerca del advenimiento de la Era Mesiánica, quizás incluso una definición de la misma, es que coincidiría con esta transformación radical por la que el planeta se convierte cabalmente en una sola unidad. El aporte es de Beatriz Gurevich.

⁷ *Ibidem*, p. 106.

modo de producción capitalista, un *modo de destrucción masivo*, y la *democratización de los medios de destrucción* caracterizan a éste, tal como evolucionó tras el colapso de la Unión Soviética.

En tales circunstancias históricas la estructura de seguridad es más relevante que nunca. Su subestimación distorsiona la teoría aún más que en el pasado. Y la OTAN, a pesar de sus crisis y transformaciones, está más viva que nunca, aunque sea sólo un apéndice de la política exterior de los Estados Unidos.

La frecuentemente ignorada globalización de los medios de destrucción

Por otra parte, un sesgo economicista también está presente en la mayor parte de la bibliografía neoliberal sobre la globalización publicada desde 1990. Se trata de una bibliografía que, al igual que su antítesis de izquierda neomarxista, yerra en la definición de la globalización misma e ignora que ésta no es sino el proceso puesto en marcha cuando Isabel de Trastámara le dio el “sí” a Cristóbal Colón.

Por cierto, parece obvio que la globalización siempre ha tenido dos dimensiones. Una de ellas es a la vez política y económica; la otra es tecnológica y por lo tanto, *física o material*. La primera es el producto de negociaciones y procesos sociales; la segunda es un emergente de un impulso humano permanente. La primera es reversible; la segunda, irreversible.

Con el advenimiento de la era de armas de destrucción masiva en la historia natural del sistema mundial, la posibilidad de reversión o colapso del proceso de globalización política y económica acarrea consigo el grave riesgo de un holocausto. Es así porque la crisis política y económica aguda suele traer aparejada la guerra total, que con armas de destrucción masiva significaría el fin de la especie. Por lo tanto, la globalización de los medios de destrucción no sólo es mucho más relevante que la dimensión política y económica de la globalización: también es la razón por la que, normativamente, parece imperativo impedir el deterioro de ésta. Y esa deseable estabilización puede alcanzarse sólo mediante una creciente consolidación y profundización de la dimensión político-económica de la globalización.

Una hipótesis que emerge de esta línea de razonamiento es que si en las actuales circunstancias sistémicas se produce un aumento de la concentración de poder en el único polo presente del sistema interestatal, la competencia geopolítica probablemente disminuirá y la estabilidad saldrá favorecida. Si, por el contrario, se produjera una “democratización” del poder mundial conducente a una estructura interestatal multipolar, habría menor estabilidad, lo que equivaldría al aumento de la probabilidad de un holocausto.

Obviamente, estas hipótesis explicativas, vinculadas a una normatividad científica, son independientes de la cuestión, también difícil y azarosa, de si a estas alturas del proceso de acumulación de poder es o no posible que emerja un verdadero polo militar alternativo a los Estados Unidos, en Europa o en la China.⁸ Por otra parte, es importante recalcar que las enunciadas son hipótesis *popperianamente* falseables, no certezas.⁹

En cualquier caso la apuesta es incierta, inexorable y tenebrosa. El advenimiento de una era de armas de destrucción masiva necesariamente viene de la mano de la posibilidad del Apocalipsis y no puede conducir al optimismo.

Un error metodológico generalizado

Por cierto, es sólo cuando el *materialismo* queda reducido a mero *economicismo* que es posible caer en la falacia del optimismo. Esto fue lo que aconteció con la mayoría de los autores neoliberales. Deslumbrados por los

⁸ Los europeos, por lo menos, no parecen dispuestos a sacrificar bienestar para realizar las enormes inversiones militares que serían necesarias a fin de comenzar a perfilarse como polo alternativo. Además, tampoco está claro que en materia de política exterior y de defensa, los principales Estados europeos hayan superado su sensibilidad frente a la cuestión de la soberanía nacional, cosa indispensable para la construcción de un súper-Estado. En cuanto a la China, gracias a su régimen dictatorial tiene la ventaja de poder instrumentar siempre la política más “racional” para su Estado. Al estar menos sujeta que Europa o los Estados Unidos a límites a la política exterior impuestos por la democracia, en el caso de un colapso norteamericano está mejor posicionada para eventualmente heredar la candidatura a sede del “Imperio” universal. Pero este desarrollo está condicionado a una premisa improbable: que el hipotético colapso de los Estados Unidos no venga acompañado de una nueva guerra total, que sería el holocausto final.

⁹ También podríamos postular las hipótesis opuestas: que un mundo bipolar o multipolar sería más estable que el unipolar, y que por lo tanto la “democratización” del poder militar mundial entre varios Estados sería una cosa buena. En la medida en que buscáramos su falsificación, para consolidarlas o descartarlas, no habría diferencia alguna en el planteo.

fenómenos económicos y financieros producidos por el colapso de la Unión Soviética, olvidaron o dejaron de lado la cualidad globalizadora de las armas de destrucción masiva, y la globalización pasó a ser definida por algunos como “el sistema que (...) reemplazó al orden de la Guerra Fría, es decir, el capitalismo de mercado”. Hacia fines de 1998 el capitalismo de mercado y la globalización, falazmente considerados la misma cosa, fueron glorificados por Merrill Lynch en avisos publicitarios que sostenían que “el mundo tiene apenas diez años de vida”, habiendo nacido presuntamente cuando cayó el Muro de Berlín en 1989. En tono celebratorio proclamaba:

No sorprende que la economía más joven del mundo—la economía global—aún sufra desconciertos. Los delicados pesos y contrapesos que estabilizan a las economías sólo se incorporan con el tiempo. Muchos mercados mundiales fueron liberados sólo muy recientemente y están gobernados por primera vez por las emociones de la gente en vez de los puños del Estado (...). La difusión mundial del mercado libre y la democracia está permitiendo concretar las aspiraciones de legiones de individuos. Y la tecnología, apropiadamente controlada y distribuida liberalmente, posee el poder de borrar no sólo las fronteras geográficas sino también las humanas. Nos parece que para un infante de diez años el mundo sigue ofreciendo una gran promesa. Mientras tanto, nadie supone que crecer sea fácil.¹⁰

Incluso autores académicos más sutiles y menos optimistas, como Robert Gilpin, tendieron a igualar la globalización con su dimensión económica:

El vocablo ‘globalización’ comenzó a usarse popularmente en la segunda mitad de la década de los ’80 en relación con las enormes sumas de inversiones extranjeras directas realizadas por corporaciones multinacionales (...). Hacia fines del siglo las sociedades nacionales y la comunidad internacional enfrentan problemas que emergen de la globalización económica (...). Ésta ha sido

¹⁰ Thomas L. Friedman, *The Lexus and the Olive Tree: Understanding Globalization*, Nueva York: Anchor, 2000, p. ix y xvi.

culpada de una gama enorme de cuestiones, desde la creciente desigualdad en los ingresos hasta los altos niveles crónicos de desempleo (...).¹¹

Como se ve, Gilpin persiste en un uso históricamente acotado del concepto “globalización”, aunque nos recuerde que existe un enorme segmento de políticos, intelectuales y periodistas que tienen una visión negativa de los procesos involucrados, opuesta a la del optimismo neoliberal. La mención no es superflua, ya que esa es la percepción dominante en los círculos académicos del mundo entero.

Por cierto, desde el progresismo político liberal hasta la izquierda académica neomarxista prevalece una visión socialmente negativa de los procesos de globalización, junto con una definición acotada de este concepto que impide comprender la dinámica globalizadora inevitable del largo plazo histórico. Un caso significativo, que utilizaremos para ejemplificar, es el de Ellen Meiksins Wood, sin duda una de las grandes neomarxistas de nuestros tiempos, quien se refiere a lo que llama “el imperialismo actual de la ‘globalización’”. Wood esboza una teoría de la globalización cuando nos dice que:

Los problemas que asociamos con la globalización—las injusticias sociales, la creciente brecha entre ricos y pobres, los ‘déficit democráticos’, la degradación ecológica, etcétera—no se deben simplemente a que la economía es ‘global’ (...). Estos problemas existen porque el capitalismo, sea nacional o global, está motorizado por (...) los imperativos de la competencia, la maximización de ganancias y la acumulación (...), que requieren poner el lucro antes que la gente. Estas compulsiones también exigen la constante expansión del capital. Aunque la globalización ha intensificado estos imperativos, es su resultado más que su causa.¹²

Y Wood se acerca a una definición del concepto cuando dice:

La dimensión política de la globalización es (...) un sistema global de múltiples Estados, y el nuevo imperialismo adquiere su forma específica a partir de la

¹¹ Robert Gilpin, *The Challenge of Global Capitalism: The World Economy in the 21st Century*, Princeton, Princeton University Press, 2000, p. 16-22.

¹² Ellen Meiksins Wood, *Empires of Capital*, Londres y Nueva York: Verso, 2003, p. 44. p. 14-15.

relación entre el poder económico expansivo del capital, y el alcance más limitado de la fuerza extra-económica que lo sustenta.¹³

Como ya debiera haber quedado claro, esta definición economicista e históricamente acotada del fenómeno de la globalización, que neomarxistas como Wood y Wallerstein comparten con progresistas como Joseph E. Stiglitz,¹⁴ con difusores del neoliberalismo como Thomas Friedman, y con grandes bancas de inversión como Merrill Lynch, es el punto de partida de una metodología que conduce necesariamente a percepciones erróneas e insuficientes de los asuntos contemporáneos.

Ciertamente, el pesimismo neomarxista se limita a los aspectos sociales de una globalización de signo capitalista. Y en convergencia con el progresismo y el neoliberalismo, el neomarxismo no se hace cargo de la posibilidad creciente de autodestrucción de la especie, producida por una acumulación tecnológica que es independiente del tipo de organización económica. Ni el neoliberalismo ni el neomarxismo alcanzan a comprender que desde este punto de vista, que es más macro que el de su propio análisis, cuando se alcanza una *globalización física* (o *material*) con proliferación de armas de destrucción masiva, la humanidad peligra independientemente de que la economía mundial sea capitalista o socialista.

La globalización en la historia

No obstante, aunque sin superar el economicismo, algunos historiadores eruditos evitaron la sobre-simplificación extrema derivada de acotar la globalización a lo acontecido desde la caída del Muro, recordando que en el siglo XIX hubo una previa

¹³ *Ibidem*, p. 6.

¹⁴ Hemos preferido concentrarnos en los extremos neomarxista y neoliberal, pero no obstante vale la pena citar la definición que aporta este notable economista: “¿Qué es este fenómeno de globalización que simultáneamente ha sido objeto de tanta condena y elogio? Fundamentalmente, es la creciente integración entre los países y pueblos del mundo, producida por la enorme reducción de los costos de transporte y comunicación, y la reducción de barreras artificiales al flujo de bienes, servicios, capital, conocimiento y (en mucha menor medida) gente, a través de las fronteras”. Como se ve, Stiglitz se mantiene estrictamente dentro de los límites del reduccionismo economicista que criticamos. No hay en su discurso ni un atisbo de reconocimiento del lugar que le corresponde al desarrollo de medios de destrucción masivos como variable independiente en el largo plazo del proceso histórico mundial. Como en el caso de los neomarxistas, el relativo “pesimismo” de Stiglitz no capta el potencial apocalíptico del nuevo modo de destrucción masivo. Joseph E. Stiglitz, *Globalization and its Discontents*, Nueva York y Londres: W.W. Norton, 2002, p. 9

“era de comercio y finanzas globales”, que trocó a su fin en 1914. En su *Globalization and History*, Kevin O’Rourke y Jeffrey Williamson rememoran la liberalización del comercio iniciada en 1860 por el Tratado Cobden-Chevalier entre Gran Bretaña y Francia, que desencadenó una serie de acuerdos similares que incluyeron a Bélgica, Prusia, Italia, Suecia, Noruega, España, Holanda, la Liga Anseática y Austria. Por cierto, la red de tratados Cobden-Chevalier, que fuera destrozada por la Primera Guerra Mundial, constituyó una premonición de la Unión Europea.

Este frecuentemente olvidado episodio de libre comercio y de flujos globales de mano de obra y capital, que hizo posible el desarrollo de países tan distantes entre sí como Canadá, Australia y Argentina, fue el producto tanto de la innovación tecnológica como de los acuerdos mencionados. La navegación a vapor, el ferrocarril y los cables telegráficos transoceánicos simultáneamente bajaron los costos del transporte e hicieron posibles las comunicaciones instantáneas. Gracias a estos factores, la enorme brecha registrada en 1820 en las cotizaciones de *commodities* en mercados distantes entre sí había desaparecido en 1914. Más aún, los mercados globales de capitales estaban tan bien integrados en 1890 como en 1990, y en el siglo posterior a 1820 alrededor de 60 millones de europeos emigraron al Nuevo Mundo, frecuentemente sin necesidad de visas y a veces ni siquiera de pasaportes.¹⁵ La analogía entre estos fenómenos de fines del siglo XIX y las postrimerías del siglo siguiente es notable:

Dos importantes rasgos de la economía internacional al terminar el siglo XX caracterizaron también el fin del siglo XIX. En primer lugar, éste fue un período de rápida globalización: el capital y el trabajo fluyeron a través de las fronteras nacionales en cantidades sin precedentes, y el comercio de *commodities* floreció como consecuencia de los fuertemente decrecientes costos del transporte. En segundo lugar, hacia fines del siglo XIX se registró una notable convergencia en los estándares de vida, por lo menos en la mayor parte del conjunto de países (...) que denominamos la ‘economía atlántica’

¹⁵ Kevin H. O’Rourke y Jeffrey G. Williamson, *Globalization and History: The Evolution of a Nineteenth-Century Atlantic Economy*, Cambridge MA: MIT Press, 1999, p. 3-4, 38-39 y 119.

El recuerdo de este episodio es útil a nuestro análisis porque conduce a la reflexión sobre el porqué del colapso de la globalización económica del siglo XIX. Como se dijo, ésta se vino abajo como consecuencia de una gran guerra.¹⁶ *Pero la otra dimensión de la globalización no colapsó: por el contrario, la guerra se hizo global.* El colapso de la globalización económica, en el contexto de tecnologías cada vez más globalizadoras, jamás significó el final o la interrupción de la globalización. Tan solo ha significado el aumento de la probabilidad de destrucción *global*.

Por lo tanto, entendido en un sentido amplio, el proceso globalizador no puede detenerse ni impedirse. Las definiciones más estrechas del concepto “globalización” sólo sirven para distorsionar nuestra perspectiva del proceso histórico de largo plazo. Es una paradoja, pero tanto los neoliberales optimistas que limitan el vocablo a fenómenos de expansión económica posteriores a la caída del Muro de Berlín, como los neomarxistas pesimistas que deploran tendencias sociales regresivas consideradas producto de esos mismos procesos, recaen en un mismo error metodológico: acotar el significado del concepto a procesos económicos recientes.

Es por eso que el pesimismo del neomarxismo tiene un límite. Al ignorar la tendencia a la autodestrucción propia de una acumulación tecnológica que es inexorable, linda con un optimismo casi tan ingenuo como el del neoliberalismo.

No sorprende por lo tanto que el análisis de las falencias del neomarxismo nos conduzca a las mismas conclusiones que el estudio del reduccionismo neoliberal. El mero economicismo le quita los dientes al materialismo tanto de izquierda como de derecha. En ambos casos se olvida que, a diferencia de los aspectos comerciales, financieros y políticos de la globalización, que son reversibles, *la globalización material* del transporte, las comunicaciones y la capacidad de destrucción, es irreversible. *El error no estriba en el materialismo, sino en acotar lo material a lo económico. Corregido el error, la seguridad militar o su antítesis, la amenaza absoluta, se convierten en uno de los factores generativos supremos del proceso histórico.*

Por cierto, si como supuso el marxismo, en alguna etapa histórica el desarrollo y empleo de los medios de destrucción estuvo determinado por cuestiones

¹⁶ O como diría Wallerstein, un producto del “ciclo hegemónico y su transición”.

“estructurales” vinculadas a la evolución de los modos de producción, tal relación de causalidad ha cesado con la aparición de armas de destrucción masiva. En el sistema-mundial neomoderno el factor militar (es decir, lo que llamamos la estructura de seguridad) es más relevante que nunca jamás y ha adquirido autonomía frente a los procesos económicos. Un país subdesarrollado o una organización terrorista con acceso a armas de destrucción masiva pueden desencadenar la guerra total que destruya a nuestro mundo.

Obviamente, el agravamiento del problema del terrorismo de raíz extremista islámica, muy claro a partir de los mega-atentados del 11 de septiembre de 2001 (a los que debemos sumar los ataques precursoros en Buenos Aires de 1992 y 1994, y los posteriores del 11 de marzo de 2004 en Madrid y del 7 de julio de 2005 en Londres), sólo afirma la relevancia de la estructura de seguridad, tanto en el sistema-mundial actual como en la lógica subyacente a su devenir histórico. También en este plano fracasaron los análisis neoliberales y neomarxistas, demostrando otra vez que estos extremos de derecha e izquierda confluyen en el error metodológico. Ambos subestimaron el peligro, de manera análoga a la compartida subestimación de la amenaza proveniente de las armas de destrucción masiva.

Por parte del neomarxismo, ilustra este fracaso la compilación *Chaos and Governance in the Modern-World System*, publicada en 1999 por dos conocidos discípulos de Wallerstein, Giovanni Arrighi y Beverly J. Silver. En su índice alfabético las palabras “árabe”, “atómico”, “extremismo”, “fundamentalismo”, “nuclear”, “Palestina”, “terrorismo” y “armas de destrucción masiva” brillan por su ausencia. “Israel” está presente tan solo en referencia al historiador Jonathan I. Israel.¹⁷ Por parte de los difusores del neoliberalismo, ejemplificamos el fracaso analítico regresando al ya citado Friedman, quien en su obra de 1999 calificó a Osama Bin Laden como “un hombre enojado con superpoderes” que le declaró la guerra a los Estados Unidos. Lo menciona como si se tratara de un súper-villano de historieta. No lo trata como un peligro mundial sino en tono casi festivo, como mero ejemplo de cómo la globalización ha dotado de mayor poder no sólo a algunas empresas sino asimismo a

¹⁷ Giovanni Arrighi y Beverly J. Silver, *Chaos and Governance in the Modern-World System*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 1999; p. 275.

los individuos, generalmente para bien aunque a veces también para mal.¹⁸ La combinación de estos fracasos con la evidencia empírica de la emergencia mundial resalta lo que venimos diagnosticando: la autonomía de la esfera de seguridad militar frente a los factores económicos, en el nivel de gestación del proceso histórico de era neomoderna.

La guerra y la paz ya no son la variable dependiente de un largo plazo determinado por el desarrollo de los modos de producción. Son demonios independientes.

¹⁸ T.L. Friedman, *ob. cit.*, p. 14.